

LA NOVELA DE HOY

30
CTS



TENORIO
EMIGRANTE
JOAQUÍN BELDA

=V. PETIT=
=Paris=



Continúa publicando las más famosas obras de la literatura contemporánea al precio de 1'50 volumen.

Volúmenes publicados recientemente:

el libro para todos

El espejo de la muerte, Miguel de Unamuno; *Las cerezas del cementerio*, Gabriel Miró; *Los pazos de Ulloa*, Condesa de Pardo Bazán; *La mujer de sal*, Tomás Borrás; *El chápиро verde*, Juan Pérez Zúñiga; *La mujer de nadie*, José Francés; *El hombre de Oro*, Rufino Blanco-Fombona; *La noche mil y dos*, Francisco Camba.

DMU
21462

Tit. 252067

C. I. A. P.

Librería Fernando Fe,
Puerta del Sol, 15, Madrid

1'50

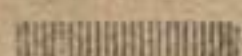
c. b. 1603784

LA NOVELA DE HOY

Año X

DIRECTOR: PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ

Núm. 458



Madrid 20 de Febrero de 1931



EL TENORIO EMIGRANTE

por JOAQUÍN BELDA

Ilustraciones de PETIT



C. I. A. P.—Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Apartado 33

EDITORIAL ATLANTIDA

LIBRERÍA FERNANDO FE. — Puerta del Sol, 15. — Madrid

EN EL PROXIMO NUMERO
PUBLICAREMOS

El revólver cargado

por

JOSÉ MARÍA SALAVERRIA



ILUSTRACIONES DE
ZAINZ DE MORALE

Dos grandes obra

DE

JOAQUÍN BELDA

“ME ACUESTO A LAS OCHO”

En lo humorístico, pocas novelas alcanzan el interés, la gracia y la intención picante de este sensacional relato, ya traducido al inglés.
5 ptas.

“VINOS DE ESPAÑA”

Un recorrido por todas las bodegas españolas. Una exposición artística de la producción vinícola del país. Todos los vinos de España son presentados en esta obra admirable con la gracia y la maestría de estilo peculiares en su autor.

10 ptas.

“Compañía Ibero Americana de Publicaciones”
Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15 Madrid.

Tenorio emigrante



n pijama verde nilo, bastante más cursi que una velada poética, era el traje de ceremonia de Filín Laredo. Según él, con ese pijama había dado el último toque a todas sus conquistas, derrumbándolas en *chaise-longue* de su *garçoniere*, o garsonera, como escriben ahora algunos que padecen el sarampión del casticismo.

Porque Filín era un conquistador profesional; bueno es que lo sepa el lector para que tome sus precauciones. Uno de esos hombres terribles que, al cruzar su mirada con la de una mujer, provocan en ella ciertas retiradas sanguíneas que a los nueve meses y pico se traducen en un bautizo.

El chico de Laredo tenía veintidós años, y realmente se hacía difícil admitir que en tan relativa-

mente poco tiempo hubiera podido acumular una cantidad tan grande de tontería. Y es que, en esto de la idiotez, Filín era un acaparador.

Era, casi desde su más tierna edad, estudiante de Arquitectura; pertenecía a esa categoría de jóvenes aplicados que al dedicarse al estudio de una carrera o facultad no parecen hacerlo con el propósito de terminarla algún día, sino más bien con el decidido empeño de pasarse la vida consagrados al estudio, sin dejarlo nunca, profundizando así con el transcurso de los años en el conocimiento de la respectiva materia.

Filín no tenía más que veintidós años, pero en los cuatro que llevaba en la Escuela de la calle de los Estudios—¡qué ironía de nombre!—no había aprobado más que *una* asignatura.

En cambio era maestro, según él, en todas esas asignaturas que no dependen del Ministerio de Instrucción Pública, y que se llaman: “Caída de ojos”, “Coba fina”, “Seducción en *taxi*”, “Languidez integral” y “Psicología aplicada al útero”.



-V. PETIT -
Paris

¿Era bello Filín Laredo?... La respuesta a tal pregunta dependerá del concepto que uno tenga formado de la belleza masculina. Apresurémonos a decir que Filín no era, por lo feo, la fachada del Círculo de Bellas Artes; pero si la belleza varonil está, como lo cómico, formada por el contraste, al pollo Laredo le faltaba lo fundamental para ser un hombre hermoso, porque en él no había más que una línea recta, desde el pelo, pegado al cráneo como una bola, hasta la raya del pantalón, que parecía trazada y mantenida por un geómetra.

Pertenecía a esa casta de sujetos que se creerían deshonorados si salieran a la calle con un leve fruncido en el traje, o si uno de los pelos de su cabellera, en rebeldía franca, se hubiese separado de la superficie compacta, como de una pieza de bronce, que formaba la cobertura de su masa encefálica.

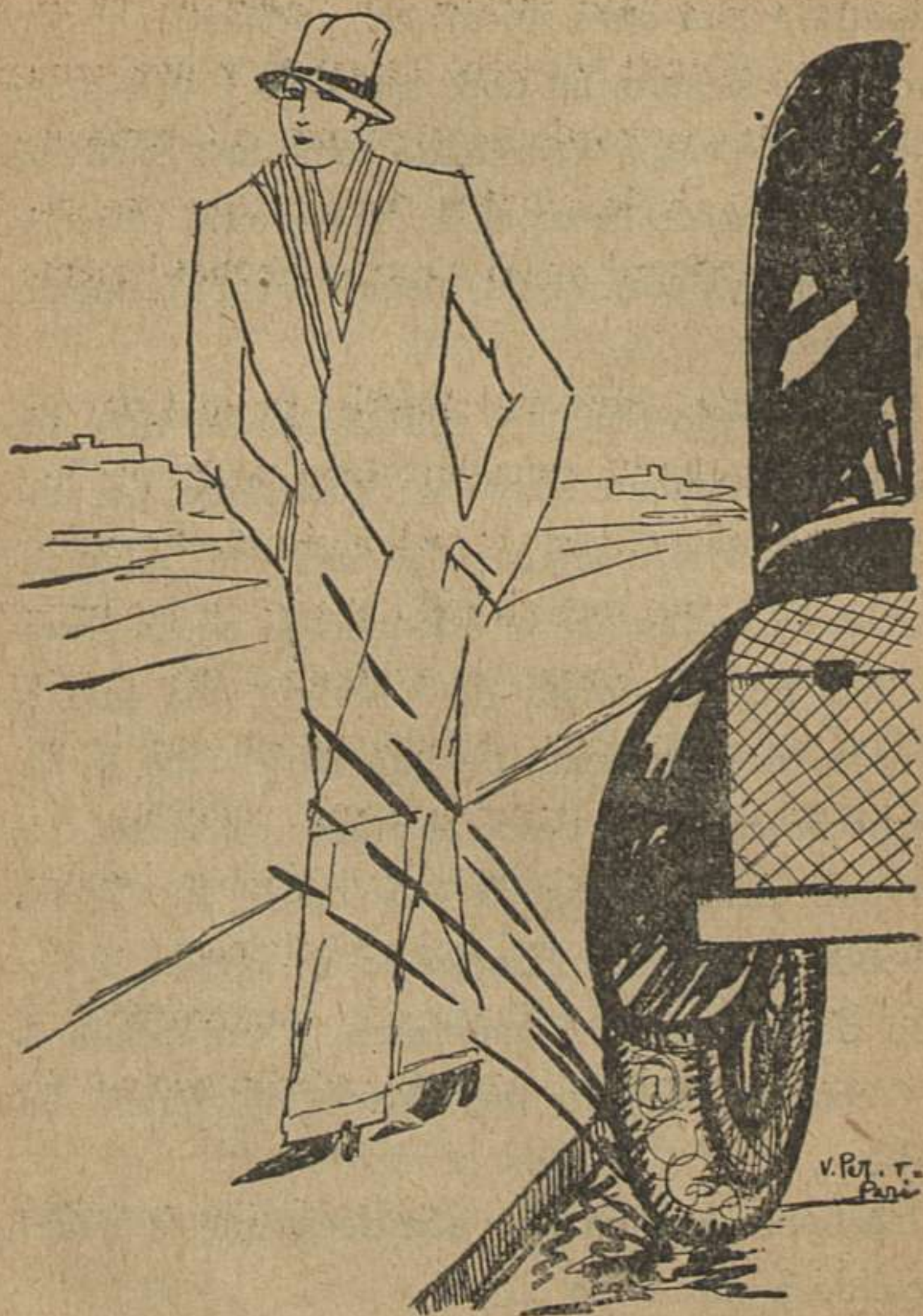
Estos tipos, con su preocupación enfermiza por el tocado y el vestido, le hacen a uno mirar con

simpatía a esos otros sujetos con rodilleras, el corte de pelo siempre un poco atrasado y una tenue nubecilla de caspa adornando como una esclavina la parte alta de la espalda. Entre estas dos clases de individuos, ¿cuál elegir? Probablemente, ninguna.

Filín Laredo tenía un episodio en su vida que era verdaderamente ejemplar: Una tarde, por una de las calles más lejanas del barrio de Salamanca, de esas a las que el adoquinado no ha llegado más que en forma de nostalgia, iba nuestro hombre en seguimiento de una mujer que le había hecho cara casi desde el primer momento..., y eso que venía detrás de ella desde la Cibeles. ¿Dónde le llevaba? Eso era lo de menos; se trataba de una mujer hermosísima, y tratándose de una cosa así debe ir uno donde ella quiera llevarle.

En honor a Filín hay que decir que él estaba decidido a ello. Pero...

Había llovido aquella mañana; un automóvil



ocupado por uno de esos señores que parece que van a apagar un fuego o huyendo de un acreedor, pasó junto al borde de la acera por donde el pollo conquistador caminaba; las ruedas se zarzaron en un charco y... el pantalón de Filín recibió siete manchas de barro.

Siete. Ni una más, pero tampoco ni una menos.

El mancebo se quedó consternado. ¿Qué hacer? El no podía seguir adelante; quedó parado en la acera y esperó doce minutos a que pasara un *taxi* y le condujera a su casa; una vez en ella, se mudó de pantalones.

¿Y la conquista? ¿Y la mujer hermosa que se le había dado tan bien? No volvió a pensar en ella.

En ciertas ciudades, y sobre todo en Madrid, hay varios Filines Laredo.

Así era el hombre.

Si es que a ustedes no les parece exagerado que le llamemos a eso un hombre.



nvuelto en ese pijama verde nilo esperaba Filín, a las cinco de una tarde invernal, a la víctima de ahora.

Se trataba de un estreno.

No se alarme el lector. Lo que se iba a estrenar aquella tarde en la *garçonière* de Laredo no era ninguna honra femenina: lo que se iba a estrenar era la propia *garçonière*.

Hacía un año que Filín la había adquirido, y once meses que la había terminado de amueblar, con una suntuosidad un buen gusto que hubieran hecho las delicias del conservador del museo de Versalles. De oírle a él—al pollo, no al conservador—, en aquella estancia, nido de todas las voluptuosidades, habían sido pasadas por las armas unas cuantas docenas de señoras; pero no era verdad.

En todo aquel tiempo allí no había entrado más que una mujer; ésta sí subía casi a diario, y

con bastante puntualidad; pero subía armada de una escoba, un plumero y un paño amarillo: era la portera del inmueble, encargada de la limpieza de aquel harén.

Hoy, ¡por fin!, aquel destino trágico, que es el destino del ochenta por ciento de los pisos de soltero, iba a quebrar.

Una mujer iba a venir. ¡Y qué mujer! Morena, alta, cabello ondulado, ojos de tinta de calamar, región pectoral proeminente... ¿Quién era? Filín no lo sabía.

La había conocido tres días antes, de una manera un poco extraña. Al salir él de la iglesia de San Luis, en la calle de la Montera, vió que a una dama que cruzaba la calle se le caía una cosa blanca; se acercó rápido; la cosa caída era un pañuelo, y más rápido aún fué a devolvérselo a la propietaria.

El pañuelo estaba roto y un poco sucio; parecía que, en vez de habérsele caído, lo había tirado su dueña voluntariamente, como se tiran las

cosas a la basura. ¿Fué por eso, es decir, por la rabia que le dió que la supieran poseedora de una prenda tan lamentable? ¿Fué porque instintivamente le pareció antipático Filín, adivinando en él todas las dotes del conquistador profesional? El caso es que la dama revolvióse casi airada y dijo al pollo:

—Está usted equivocado: eso no es mío. Se le debe haber caído a usted. En todo caso, límpiese con él la baba.

Y siguió andando decidida hacia la calle de la Aduana.

Filín siguió tras ella. Aquello no podía quedar así; si la dama, ¡que era guapísima!, no rectificaba o explicaba su grosería, él estaba decidido a... ¡no sabía qué!

Ya dentro de la calle de la Aduana, y favorecido por la relativa oscuridad del sitio y de la hora, se acercó a ella y le dijo casi al oído:

—Una mujer tan guapa como usted no debe enfadarse por tan poco. Puede que yo me haya



equivocado; pero, en todo caso, mi equivocación merece perdón; porque si es verdad que la belleza deslumbra y hace perder el sentido, yo creo que...

En aquel momento resonó en el principio de la calle de la Aduana un estampido. Parecía el ruido de una botella de champagne descorchada, o el disparo de una escopeta de caza; no era nada de eso: era una bofetada con que la dama del pañuelo perdido había castigado el rostro de Filín Laredo.

Lo ocurrido era de una gran sencillez, de esa sencillez que suele acompañar a casi todas las tragedias: mientras hablaba Filín, ¡para eso era un gran conquistador!, había creído de su deber llevar la mano izquierda a cierta parte baja del cuerpo de la dama, parte que las personas no sabemos usar más que para sentarnos o para otro menester demasiado íntimo. Y la dama, ofendida en su honor—esto del honor cada uno lo coloca donde quiere—, había rechazado la ofensa de aquella manera contundente.

Filín, dolorido, se llevó la mano al carrillo y quedó inmóvil en la acera. La dama siguió andando en dirección contraria y muy pronto desapareció. Un hombre del pueblo que por allí pasaba —¡qué cervantino es este giro!—y había presenciado la escena, se acercó solícito al mancebo y le dijo, entre compasivo y burlón:

—Le advierto, señorito, que dos casas más abajo tiene usted un dentista.

A la tarde siguiente, al llegar al Club, Filín Laredo recogió una carta. Era de su abofeteadora, y en ella le decía lo siguiente:

Muy señor mío: Como es usted un caballero, supongo me perdonará el arrebató de ayer. Nadie más que yo siente lo ocurrido, pero ¡si usted supiera cómo iba yo ayer cuando usted me vió! Para que lo sepa, y al saberlo me excuse y me perdone del todo, le ruego me reciba mañana en su casa a las cinco. Tengo la seguridad de salir de allí completamente absuelta.

Y para que viera que todo lo sabía, ponía en

la carta la calle y el número de la *garçonniere* de Filín.

Este se quedó extático al leer el contenido de la misiva. Varias sensaciones, entremezcladas asaltaron su espíritu. ¡Qué triunfo el suyo! Porque aquello quería decir, indudablemente, que aquella mujer se le rendía.

Pero, además, ¿cómo había averiguado su nombre, apellido y, lo que era más difícil, las señas de su habitación de soltero?

Sólo una mujer enamorada podía desarrollar tan perspicacia. Y Filín ahora, en el ansia de la espera, pensaba en que, ¡por fin!, su *garçonniere* iba a estrenarse, sin duda para confirmar la afirmación de que todo le llega en el mundo al que sabe esperar.





onó el timbre de la puerta.

Al muchacho le saltó el corazón dentro del pecho, pues si le hubiera saltado fuera habrían tenido que hacerle la autopsia al día siguiente.

Abrió. Tras de la puerta esperaba una decepción. Era el cobrador de la factura del gas consumido durante el mes anterior.

Se apresuró a pagarle; éste apresuramiento no era en él corriente; pero ahora tenía interés en que aquel hombre se marchase cuanto antes, no fuese a llegar la dama esperada y se tropezase con él, parado ante la puerta del piso.

Al quedar solo de nuevo le invadió la consabida duda, de rigor en estos casos:

—¿No vendrá?

Todo el júbilo de la espera, que, según los maestros de psicología experimental, es el goce más puro que puede saborear el ser humano, queda-



ba así enturbiado por el acíbar de la melancólica hipótesis.

Podría no venir, simplemente porque con su carta hubiera querido gastarle una broma, o porque, al venir, la hubiese atropellado un "auto", o se hubiera tropezado con algún amigo que la hubiera distraído de su camino... ¡La vida es tan compleja! Y, además, ¡qué sabía él quién era aquella mujer!

Filín estaba emocionado. Todos los relatos imaginativos de conquistas completamente falsas que él hacía en las Peñas de amigos iban a tener ahora, por una vez, confirmación en la realidad. ¡Cuánto daría él porque los tales amigos le vieran en este trance! Esa vanidad que el macho español pone siempre en sus aventuras amorosas hinchaba ahora el ánimo del pollo Laredo. ¿Cómo haría él para que todo el mundo se enterase de su buena fortuna?

— Volvieron a llamar a la puerta.

Ahora sí era ella.

Y si no era, Filín estaba decidido a tirarse de cabeza al patio por la ventana del cuarto de baño.

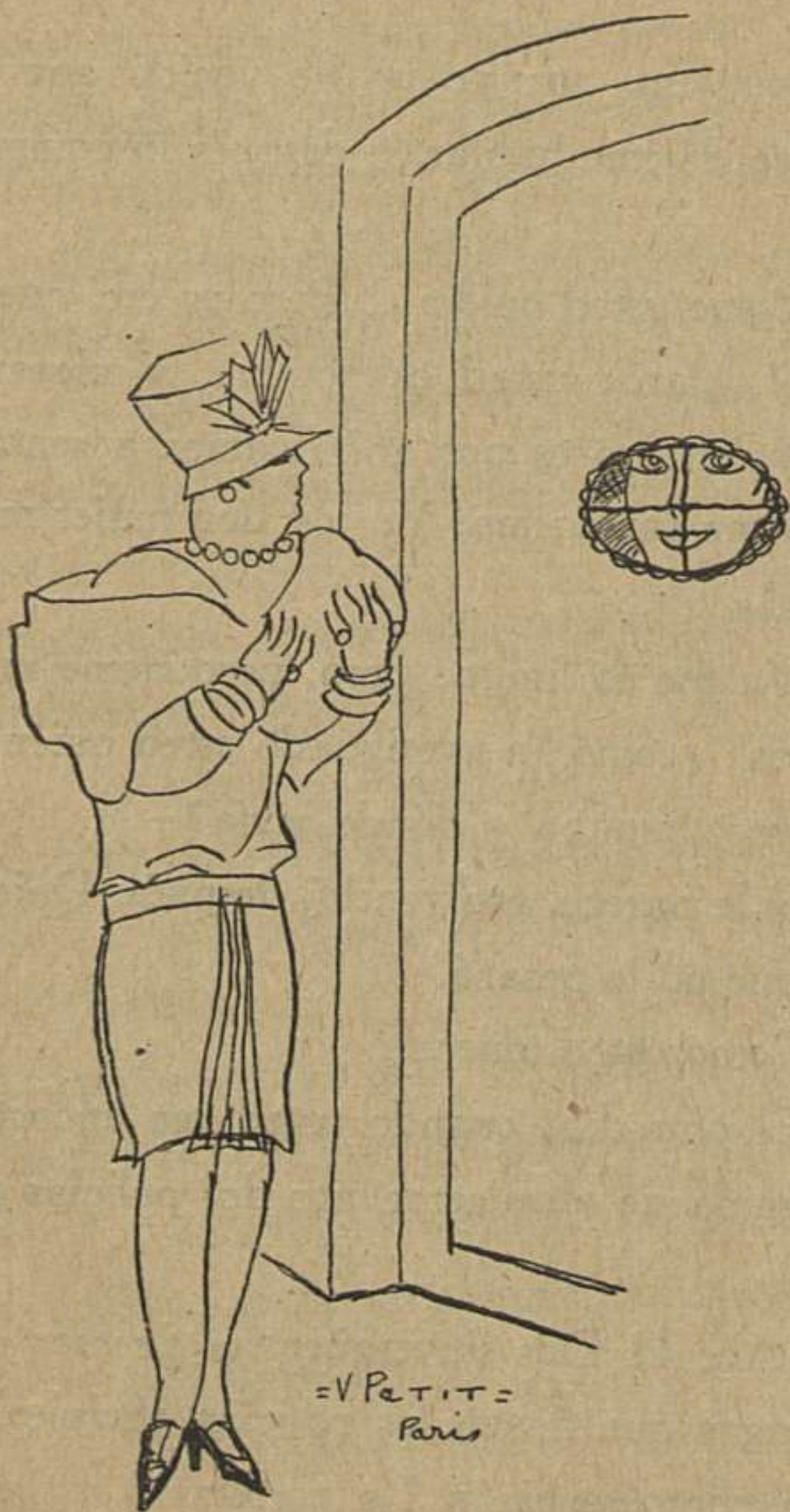
Una mujer se dibujó en el marco de la puerta. ¿Era ella? Por la voz le pareció que sí; pero no era fácil saberlo, pues del rostro de aquella mujer no se veía más que la punta de la barbilla; todo lo demás desaparecía en el doble cierre que formaban el ala gacha del sombrero y el cuello subido del petit gris.

—Pase usted, señora; está usted en su casa.

—¿Está usted solo? Si no, no puedo pasar.

—Más solo que un ciprés. Pase usted con toda tranquilidad.

Como si conociera el pisito por haber vivido en él toda la vida, la recién llegada fué derecha a la habitación que servía para todo en la casa: tabernáculo, despacho y revolcadero. Filín la siguió y, cuando ella, de pie en mitad de la estancia, parecía desafiarle con la actitud, quiso el pollo, de una inexperiencia absoluta en estos trances, corresponder al reto.



=V PETIT=
Paris

—No, eso, no; yo no he venido aquí a eso. Primero déjeme hablar, y después lo comprenderá todo.

—Como usted quiera... Pero yo creí que...

—Sí, claro; usted es hombre, y piensa como todos. Pero no es por ahí. Vamos a sentarnos y escúcheme con calma. Yo soy una mujer muy desgraciada.

—Ya me lo figuro; pero, perdóneme una interrupción: ¿cómo ha averiguado usted quién era yo, cómo me llamaba y dónde vivía?

—Si le parece, eso vendrá después. Déjeme hablar, que no le pesará.

—Como usted quiera.

—El otro día, cuando usted me encontró, iba yo seguida de muy cerca por dos policías particulares.

—¡Ah, sí! Dos sinvergüenzas de esos que, sin los riesgos que tienen los policías oficiales, le hacen la competencia a las porteras y a las celestinas.

—Bueno; dos tíos de esos. Los dos que a mí me seguían no tenían más misión que ver dónde yo me metía y con quién hablaba. Meterme, no me metí en ningún sitio que tuviera nada de particular; hablar, no hubiera hablado con nadie si no me hubiera tropezado con usted en la calle de la Montera. Gracias a ese tropiezo, esos sujetos podrán decir a... quien les paga, que yo he hablado con un hombre.

—Pero, si son veraces en sus referencias, también le dirán que usted me contestó con una bofetada.

—Sí; pero una bofetada no tiene significación; se puede dar para disimular; puede ser hasta una prueba de cariño.

Filín quedóse mirando a su interlocutora. Ella se había dejado caer en un sofá; él ocupaba un sillón a relativa distancia de ella. No había entre los dos ninguna intimidad, como no fuera la de estar solos en una casa.

—¿Una prueba de cariño?

—Sí; pero conste que no fué éste el caso. Fué un movimiento nervioso, producido por el enojo de ver que, por culpa de usted, yo no volvía a mi casa sin haber hablado con nadie. Tengo que pedirle perdón por ello: fué una cosa casi involuntaria.

—¡Señora, por Dios! ¿Quiere usted volver a empezar?

—No; le aseguro que es cosa que no me divierte.

—Bueno, y ¿quién es el que la vigila a usted hasta el extremo de hacerla seguir por la calle?

—Quien puede hacerlo.

—¡Ah!

—Claro que sé lo que está usted pensando: cómo esa misma persona, o, mejor dicho, el miedo a que ella se entere, no han sabido impedirme el venir aquí esta tarde. Pero es que yo no tenía más remedio que venir.

—¿Por qué?

—Porque quiero pedirle que me ayude a deshacer el lío en que usted me ha metido.

—¿Yo?

—Naturalmente. Las consecuencias de su atención imprudente de la otra tarde han sido terribles para mí. Primero quisieron matarme.

—Ya veo que, afortunadamente, no lo han hecho.

—Después me perdonaron la vida, pero imponiéndome, para ese perdón varias condiciones. Lo grave del caso es que la mayor parte de esas condiciones no las puedo cumplir si usted no me ayuda.

La cosa se ponía un poco seria. Filín, el conquistador, iba comprendiendo que la inauguración de su *garçonniere* no iba a ser precisamente el festín voluptuoso que él se había prometido. Había, sin embargo, que ponerse a tono con las circunstancias.

—Señora, cuente usted conmigo para todo.

—Muy bien; veo que es usted un caballero. Pero me parece que no sabe usted a lo que se ha comprometido.

—¿Se trata de dar la vida por usted?

—Poco menos.

Nunca pensó inaugurar su piso de soltero con un funeral. Por lo visto, la cosa le iba a ir a los alcances.

—Hable usted, señora.

—En primer lugar, y para que no quede ninguna duda entre nosotros, ha de saber que, desde la otra tarde, es usted mi amante.

—¡Hágamelo bueno!

—No, señor; no pienso hacérselo. Nada de equívocos. Pues, sí, es usted mi amante, porque así lo ha dispuesto... la persona que me vigila.

—Que es su marido.

—Exactamente como si lo fuese. Los policías que me seguían le dijeron que yo me había detenido a hablar en la calle de la Aduana con un hombre, y que ese hombre, por la intimidad con que me trataba, debía ser mi amante. Eso de la intimidad del trato ya sabe usted a lo que se refiere...

Filín recordó sus contactos audaces en la parte saliente del reverso de la hermosa.

—¿Y de eso han deducido...? ¡Pues sabe que esos señores son unos hachas informando!

—Sus informes han sido aceptados por mi... amigo, como si fuesen un extracto del Evangelio. Y al enterarse, ya le he dicho que su primer impulso fué matarme; llegó a echarme las manos al cuello.

—¡Chacal!

—En seguida, sin duda pensando en que la cosa podía tener un arreglo mejor, me dijo: “A ti te perdono por esta vez, pero ese hombre y yo tenemos que arreglar una cuentecita.”

—Estoy a su disposición.

No era verdad. El mancebo, de muy buena gana habría renunciado desde aquel momento a aquella historia, aunque no hubiera vuelto a ver en la vida a la hermosísima hembra.

—El mismo me ha exigido que venga a verle y que le comunique sus proyectos de celebrar con usted una entrevista en la que, según él, todo quedará arreglado. “Si yo se lo pido—me ha dicho—,



no accederá; pidiéndoselo tú, a quien ese hombre no podrá negar nada, la cosa varía.”

—¿Y para qué es esa entrevista?

—El quiere pedirle a usted algo un poco grave.

—Y ¿qué es ese algo? Porque usted debe saberlo...

—Lo sé; pero he dado mi palabra de no decirle nada. Quiere ser él en persona quien se lo diga.

—¿Qué capricho!

—Yo me limito a aconsejarle que acceda a él. Hágallo por mí, no por mi amigo.

—Una pregunta: ¿cómo ha sabido su amigo quién era yo y las señas de esta casa?

—No olvide que cuando usted me abordó, iba yo seguida y vigilada por dos hombres; probablemente—esto no es más que una hipótesis—uno de ellos se dedicó a usted, y otro, a mí.

—Pues el que me siguiera a mí se lució.

—¿Por qué?

—Porque al separarme de usted, me refugié en uno de los evacuatorios de la Puerta del Sol.

—¡Bah! Esa gente está acostumbrada a meterse en sitios peores.

Y casi puede decirse que así terminó aquella entrevista.

La primera mujer que entró en el piso de soltero de Filín salió de él sin que el pollo le diera ni un beso en una mano.

—¿Supongo me perdonará el arretrato y la bofetada del otro día?

—Señora, ¡por Dios!

Y se fué a la calle.

Así y todo, a pesar del bolo que le dejaba dentro del cuerpo, el pollo Laredo hubiera dado unos meses de vida porque sus amigos viesan salir a aquella mujer de su casa.

Su fama de conquistador habría subido cien codos.

* * *



uy señor mío: Por cierta persona que usted y yo conocemos, y que no quiero nombrar aquí, sé que accede usted a celebrar conmigo la entrevista que solicité. Será el único modo de que repare en parte el enorme perjuicio moral que me ha causado. Salvo aviso contrario, en la madrugada de mañana, a las dos, iré a verle a su casa de la calle de... Elijo tal hora y tal sitio porque tengo mucho interés en que nuestro diálogo se rodee del mayor secreto.

Avise al sereno.

La casa que señalaba era el piso de soltero de Filín.

El cual, en cuanto recibió la misiva, lo primero que hizo fué dirigirse a la cabecera del Rastro y adquirir un revólver en mediano uso. Porque, por una idea obsesiva, que acaso fuese una aberración, a Filín se le había metido en la cabeza que el tal sujeto le buscaba para matarle.

Y es, no. Bien estaban las conquistas, sobre todo las de boquilla, que a nada comprometen, como no sea la fama y la honra de la mujer falsamente conquistada; pero, ¡canastos!, jugarse la vida por una mujer a la que ni siquiera se ha dado un beso, ya era una broma pesada.

Y como a la entrevista no podía renunciar, pues ello hubiera sido incurrir en cobardía manifiesta, bien estaba acudir a ella rodeado de toda clase de precauciones.

La hora elegida ya era de por sí bastante siniestra; las dos de la madrugada suele ser la hora de los atracos, de los robos con escalo y de los abortos. Filín, poniéndose en todo, y al avisar a su sereno de que un señor subiría a verle a hora tan extraña, no dejó de advertirle:

—No se aleje usted mucho, por si acaso; es un sujeto que no me inspira mucha confianza.

El mancebo no llegó al extremo de ponerse una coraza, como dicen que hacen ciertos hombres públicos cuando con el público precisamente han de

rozarse; no poseía tal defensa histórica ni era fácil proporcionársela en tan poco tiempo; de lo contrario, sí la hubiera vestido por debajo de la camisa. Para sustituirla, se ciñó una faja, del modo más amplio posible, procurando que le resguardase una buena parte del pecho.

Procuró desarrollar en la estancia en que la entrevista había de celebrarse una *mise en scene* algo aterradora. Por lo pronto, el revólver del Rastro lo colocó sobre una mesita y en el sitio más visible; a su lado, no sabiendo qué poner que hiciera dignamente *pendant*, colocó un frasco de sublimado que él tenía en previsión de otros trances, pero que, en clase de veneno, podía llenar muy dignamente su cometido.

Y esperó.

¡Cuán distinta era la emoción de esta espera de ahora, de aquella otra de la tarde antes! ¿Cómo se presentaría aquel tío bruto? Porque debía ser muy bruto; ello era indudable; de no serlo no habría tomado tan en serio aquel asunto,

que, en realidad, carecía en absoluto de importancia.

¡Medrada estaría la Humanidad si cada vez que un sujeto posa la mano en las partes blandas de una mujer surgiese de tal contacto una tragedia.

Porque, en suma, todo su delito era ése. La conciencia no le acusaba de otra cosa; pero también era verdad que toda su tranquilidad de conciencia no le servía para nada. La tal conciencia podía estar tranquila, pero el que no lo estaba era él.

Aquel hombre venía a matarle; cada vez estaba más convencido de ello. Y en vista de tal convicción, ¿cómo debiera recibirle? ¿Madrugaría y daría él el primer golpe? ¿Intentaría convencerle de que en todo aquello no había más que un error que era prudente disipar?

Se acercaba la hora. Lo mejor era no tener un plan trazado, que podía ser un estorbo, y obrar bajo la inspiración de las circunstancias.

Había en toda la casa un silencio absoluto. Los vecinos, como si se hubieran puesto de acuerdo para dejar al asesino toda libertad, o no habían salido de casa aquella noche, o no pensaban volver a ella hasta bien avanzado el día; el caso era que la escalera del inmueble permanecía silenciosa como la que bajase a un sarcófago abandonado.

De pronto Filín oyó un ruidillo, algo así como el roer de una carcoma. ¿Subía alguien?... Se levantó del sofá en que estaba tendido y fué a la puerta... Sí; alguien subía, y lo hacía lentamente, no como quien pretende ocultar el ruido de sus pasos, sino más bien como quien no tiene prisa y adopta un aire de buey cansino.

Los pasos se detuvieron ante la puerta del muchacho. No cabía dudar... Pero ¡aquel hombre no venía solo! ¡Ah, bandido! Para asegurar el golpe se había procurado la ayuda de un cómplice. Al conquistador no se le pusieron los pelos de punta porque hacía ya un rato que los tenía en aquella posición.



Estaba decidido a no abrir, y hubiera persistido en su decisión a no ser porque, tras de sonar el timbre inutilmente, una voz conocida—la del sereno—le dijo, a través de la puerta:

—Abra usted, señorito; soy yo.

Filín abrió. El farol del sereno le dió en el rostro, y gracias a ello no pudo ver más que un bulto que acompañaba al vigilante nocturno.

—Pase usted, señor—dijo Laredo. con voz que quiso aparecer serena.

El bulto se movió y penetró en el vestíbulo. El sereno aprovechó el momento para decir al oído del joven:

—Le he cacheado; no trae armas.

Y comenzó a bajar despacio la escalera.

El joven cerró la puerta e hizo pasar a su visitante a la misma estancia donde, dos días antes, se había instalado su querida.

Era un hombre alto, de edad mediana, tirando a grueso, afeitado, pelo gris y con unas cejas enormes que constituían el verdadero distintivo de

su persona. El aire era una mezcla de cosa infeliz y agriada.

—No digo que le chocará mi visita, porque ya sé que está usted avisado—comenzó diciendo, con una voz de predicador que se ha aprendido de memoria el sermón.

—Sí, en efecto; le esperaba.

Esto último procuró subrayarlo Filín como dando a entender:

—Y conste que si tramas algo en contra mía, estoy preparado.

—Aunque podría decirle muchas cosas—prosiguió el otro—, procuraré ir al grano. Usted, caballero, ha destrozado mi vida, como dicen en una comedia muy sentida que vi la otra noche en el teatro Lara.

—¡Por Dios! ¿Que yo se la he destrozado?...

—Usted no sabe cómo quiero yo a esa mujer. Al enterarme de lo ocurrido, ya se lo habrá dicho ella, intenté matarla.

—Hubiera usted matado a un ser inocente.

—Le pido el favor de que no la defienda—dijo el hombre con cierta impaciencia—. Ya sé que no será de ella toda ni siquiera la mayor parte de la culpa; ella ha sido seducida; yo, no sólo la he perdonado, sino que estoy dispuesto a mantenerla al lado mío. En cuanto al seductor, la cosa cambia.

Filín empezaba a estar molesto ante la seguridad con que hablaba aquel hombre. Por primera vez en su vida le molestaba que le achacasen una falsa aventura amorosa, a él, que había pasado la mayor parte de su tiempo inventando aventuras que no habían existido.

—Del seductor, ya sabe usted de quien hablo, exijo yo, porque tengo perfecto derecho a tal exigencia, que en el término de quince días se marche de España para no volver más. Tengo una vaga idea de que fué para estos casos, y para otros parecidos, para lo que Cristóbal Colón se molestó en descubrir América; puede usted elegir la república que más le agrade para trasladar a ella su

residencia; yo no tengo preferencia ninguna; pero que usted se marcha en el primer trasatlántico que zarpe de Barcelona o de Vigo, eso es cosa fija.

—Pero...

—Sé lo que va usted a decirme, pero no se preocupe que todo lo tengo previsto. Al proponerme arreglar este asunto he querido hacer las cosas bien; usted no tendrá dinero para el viaje; yo le pago ese viaje, y, además le entrego una cantidad, la que convengamos, para que pueda usted resistir allá los primeros tiempos. ¿Le parece a usted bien quince mil pesetas?

—Lo que no me parece bien es el viaje.

—No tiene más remedio que hacerle.

—Le ruego que me permita hablar unos minutos, ya que yo le he escuchado en silencio.

—Hable usted. Pero conste que sé lo que va a decirme.

—No importa. Oigame. Todo lo que usted me ha dicho estaría muy bien, y yo no tendría nada que oponer, si no fuera porque parte usted de una

base falsa; yo a esa señora la he visto la otra tarde por primera vez en mi vida, y sólo cambié con ella unas palabras a propósito de la devolución de un pañuelo que se le había caído. Esto puedo jurarlo por todo lo que usted quiera y ante quien usted quiera. Y ya comprenderá que yo no me voy a marchar a América por haber hablado dos palabras con una mujer.

—¡Muy bien! No creo que se haya dado ni un solo caso en la Historia de que un hombre, puesto en las circunstancias en que usted está, diga otra cosa que la que acaba de decir. Ya lo sé: lo caballeroso, lo delicado y lo elegante es negar. Pero ya comprenderá que yo no he venido aquí para escuchar esa canción.

—¿Y si me niego a emprender ese viaje?

—Le mataré.

—Yo sabré defender mi vida.

—No podrá. Tengo tomadas toda clase de precauciones para que el golpe no falle. Al entrar en la casa el sereno ha cometido la candidez de ca-

chearme; le he dejado hacer sin protestar. No traigo encima ni un palillo de dientes, y aunque yo fuera a matar a un hombre no necesito más armas que mis manos bien apretadas en su cuello. Conste que no he venido a matarle. Pero conste también que si se niega a complacerme, morirá.

Aquel hombre decía todo esto sin perder la serenidad, en tono monocorde, bajo el cual se adivinaba una gran resolución de realizar lo que decía.

—¿De modo que no tengo escape?

—No, señor. Pero fíjese en que lo que yo le propongo no es ninguna cosa desagradable: ese viaje a América hay muchos que lo realizan por su gusto y pagándoselo de su bolsillo. Además, yo he oído decir que nuestro porvenir está en América; usted, a lo mejor, llega allí, y a la vuelta de muy pocos años es usted presidente de una de aquellas repúblicas.

—No tengo el menor interés.

—Allá usted con sus ambiciones. Creo que cual-



quiera de ellas la podrá realizar ampliamente en aquellas tierras de promisión.

—¿Y por qué no se va usted a ellas?

Esto ya lo dijo Filín en tono impertinente y poniéndose de pie.

—Yo ya no estoy en edad de ello. Y, además, yo no le he robado a nadie su mujer.

—¿Persiste usted en creer ese disparate? Ya veo que esos falsos policías que le han sacado el dinero le han engañado con habilidad.

—No es el momento de discutirlo. En cambio, sí lo es de que yo me vaya a la calle. Ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar; y usted piense, reflexione y decídase. Cuando se haya decidido a hacer el viaje, aquí tiene mi tarjeta con mi dirección; avíseme y yo le mandaré el billete para el sitio que usted elija. En el puerto de embarque, y a bordo, un amigo mío le entregará las quince mil pesetas. Creo que hace usted un magnífico negocio.

—¿Y si me niego a hacerlo?

—Ya sabe a lo que se expone.

—Pediré protección a las autoridades.

—No tendrá tiempo.

Y ésta fué su última palabra.

Salió a la escalera. Al marcharse él, la casa volvió a quedar silenciosa.

* * *



obre Filín!

¡Convertido en emigrante voluntario!

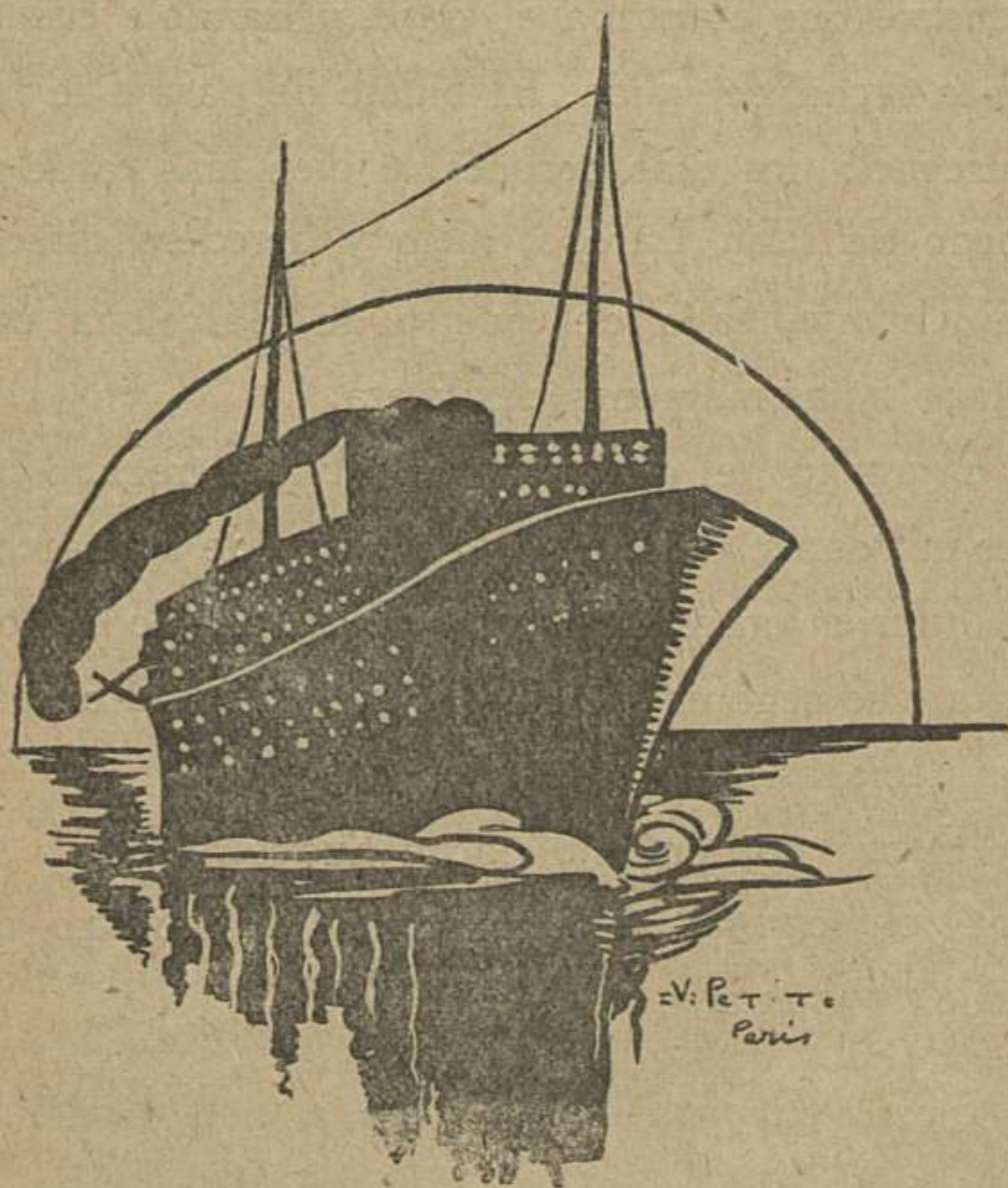
¿Voluntario?... Si se tiene en cuenta que eso del libre albedrío es una farsa, sí puede hablarse de decisión voluntaria al referirse a la que nuestro amigo acababa de adoptar.

Claro es que un viaje a Ultramar, emprendido en tales circunstancias es un martirio, y Filín no tenía ciertamente vocación de mártir. Tan no la tenía, que desde el primer momento surgió en él la idea de burlar a aquel marido... que se creía burlado de otra manera, sin serlo en realidad.

Pero había que hacer las cosas bien. Poco a poco el muchacho fué madurando su plan: él se embarcaría, tomaría a bordo las quince mil pesetas que aquel hombre le enviaría y saldría rumbo al cruce del Atlántico. Al llegar al primer puerto en que el buque hiciera escala fuera ya de la Península—uno de Canarias, por ejemplo—, Filín bajaría a tierra, esperaría en ella otro barco que le volviese a España, y asunto concluído.

Claro que no iba a incurrir en la ligereza de presentarse en seguida en Madrid y pasearse tranquilamente por sus calles; sería peligroso. Un discreto retiro de dos meses en una ciudad de ambiente místico y sereno—Valdepeñas, por ejemplo—, bastaría para que el Oteló madrileño olvidase el episodio y las quince mil pesetas que le habían costado sus infundados celos.

Desde el día siguiente a la entrevista famosa el joven empezó a realizar su plan. En la oficina de una compañía trasatlántica se enteró de que a los cinco días zarpaba para Buenos Aires un barco que hacía escala en Las Palmas.



Escribió a su verdugo según lo convenido, diciéndole que aceptaba el viaje, y dándole cuenta de la fecha de salida. El billete de pasaje le fué entregado dos días después, y diez más tarde el bueno de Filín Laredo, nieto y heredero directo de Tenorio, salía del puerto de Barcelona con rumbo a las márgenes del Plata.

El amigo del otro, que le había entregado los tres mil duros, dió cuenta al pagano de la marcha de Filín en un telegrama que el empleado del telégrafo se negó en principio a transmitir; el despacho decía así:

“Partió por fin hijo padre dudoso.”

Y el hombre, al recibirlo, dió un suspiro de fuelle de fragua.

* * *



El pollo Laredo lo pasaba muy bien a bordo.

Un barco en alta mar es terreno muy a propósito para que luzca sus habilidades amatorias un joven español como Filín, que al mirar a una mujer la adormece primero y después la anestesia en una languidez amorosa, que es lo más parecido a los prodrómos de un cólico.

Antes de llegar a Cádiz, nuestro amigo ya había realizado tres conquistas; y ya se sabe lo que esta palabra quiere decir en labios de un hombre así.

La primera que cayó fué una señora que viajaba sola, y a la cual el pollo amenazó con tirarse al mar de cabeza al pasar el barco a la altura de Santa Pola—provincia de Alicante—si no le hacía caso. La respuesta de la dama fué contundente:

—Es que si me sigue molestando quien le va

a tirar al mar soy yo; así que de todas maneras le veo en el agua.

Pero Filín Laredo vió en aquello una prueba de amor. La mujer estaba por él y decía aquello por disimular. Y apuntó el triunfo en el libro de sus éxitos.

De la segunda hazaña fué víctima una chilena de cierta edad que cometió la imprudencia de acercarse a Filín en el paseo de cubierta, después de la comida de la noche, para preguntarle qué hora era.

—La hora del amor, señora.

Y la señora, a quien hacía más de cincuenta años que no le hablaban de esas cosas, como no fuera en días de Carnaval, cayó desmayada sobre el piso de madera, como cae un tirano cuando ya no tiene dinero que repartir. Trasladada a su camarote, el médico de a bordo se empeñó en curar como mareo lo que no era más que una enfermedad psíquica; desembarcada en Cádiz, pues su mal iba empeorando, murió a los tres días de un ataque de viruelas.

¡Y la tercera...! ¡Oh, la tercera conquista de Filín Laredo en este su primer día de travesía!

La conquistada no fué una mujer; no fué tampoco un hombre, pues conviene que no pierdan ustedes de vista que este relato es un relato de una alta moralidad—que son los únicos que ahora se llevan hasta que pase la moda—y, por lo tanto, de él están excluídas todas esas torpezas carnales que hacen las delicias de los espíritus disolutos.

La conquistada fué una persa, una magnífica danesa, de familia excelente, que había embarcado con un matrimonio santanderino, que se dirigía a Rosario de Santa Fe con el decidido propósito de establecer una fábrica de corbatas de lazo. El animal, que respondía—no siempre—al nombre de “Lucrecia Borgia”, se afeccionó de tal manera—¡qué horrible verlo!—a la persona de Filín, que no había modo de que se separara de él, ni siquiera cuando el capitán de ganado del barco venía a buscarla por las noches para llevarla a dormir a la *ménagerie*, situada en el castillete de popa.

“Lucrecia” olfateaba continuamente al pollo Laredo, como si buscase en su persona un recuerdo oloroso que ella sola sabría evocar. Nadie, entre el pasaje de primera, se explicaba aquella preferencia canina, que un viajante catalán, hombre de grandes condiciones festivas, quiso aclarar de este modo:

—Es que como ese hombre está tan delgado y no tiene más que huesos, el pobre animalito lo confunde con un plato de salsas.



Pero la conquista fundamental de Filín, y su mayor sorpresa en aquel viaje, le esperaba en Canarias. Para él estas distinguidas islas sí que podían llamarse las afortunadas.

Al llegar a las Palmas, término de su viaje truncado, el hombre se dirigió al mejor hotel de la población; para eso llevaba quince mil pesetas en el bolsillo.

Una vez acomodado en el albergue, al salir

a la calle y cruzar el patio central que tienen todos los hoteles de Canarias, vió una mujer que le hizo el efecto exacto de una aparición entre las tinieblas de un sueño. Estaba reclinada en una mecedora, y al ver al pollo le sonrió, como se sonríe a una persona conocida. Filín se la quedó mirando extático. ¿Era posible?

Porque aquella mujer era la del encuentro en la calle de la Montera, la del pañuelo, la de la bofetada, la de la visita a la *garçonière*, la causante, en fin, de aquel viaje marino de Filín.

¿Cómo y por qué estaba allí?

Ella misma se encargó de explicárselo al pollo. Levantándose de la mecedora vino hacia él y, ofreciéndole sus dos manos, le dijo:

—Llegué hace cinco días; me he escapado porque ya no podía más. Aquel hombre, desde que pasó entre usted y yo lo que... él se figura que pasó, me hacía la vida imposible.

Y empezó el idilio. Durante tres menanas los dos tórtolos se dedicaron a hacer todas las locuras

que pueden hacerse con tres mil duros sin salir de las islas Canarias; no son muchas, pero sí las suficientes. Las suficientes para que, al cabo de aquellos veintiún días, Filín Laredo se encontrase sin más dinero que el que llevaba encima, que eran unos tres o cuatro duros.

Y entonces se produjo la primera bronca seria entre los amantes. Estas coincidencias suelen ser muy frecuentes.

En el seno de la tormenta, después que él le hubo llamado a ella *ave de corral, histérica e hija de la loba*, ella le replicó:

—Pues ¿sabes lo que te digo? Que desde que me enteré de que mi amigo te había entregado quince mil pesetas, cosa que nunca ha hecho conmigo así de un golpe, no tuve más idea que gastártelas.

¡Oh, la mujer!—que dijo... el poeta.

JOAQUIN BELDA



“ El libro para todos “
ha publicado : : : :

Memorias de un vagón de ferrocarril

la magnífica novela de
EDUARDO ZAMACOIS

1,50 pesetas

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)

Librería Fernando Fe. Puerta del Sol, 15.—Madrid.

22

DE AGOSTO

POR
NATHAN ASCH



El 22 de Agosto de 1927 fueron
ejecutados Sacco y Vanzetti.
Una visión genial de dicho día.

5 PESETAS

“EDICIONES HOY,, CIAP.

7 Librería Fernando Fé, Puerta del Sol, 15
M A D R I D



“DIARIO ÍNTIMO”

Segunda edición de la única versión completa de este libro maravilloso y universal, considerado por todos los críticos de Europa como la obra maestra del pensamiento humano contemporáneo.

12 TOMOS

10 PESETAS

EDITORIAL-AMÉRICA. CIAP.

Librería Fernando Fé, Puerta del Sol 15.---MADRID



La Revolución Argentina

POR

V. Gutiérrez de Miguel

Quien desee informarse de la actual
revolución argentina, de sus an-
tecedentes y consecuencias,
habrá de recurrir a este
libro rigurosamente
imp

5 PESETAS



Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)

rería Fernando Fé, Puerta del Sol,




ROSZTOS EN LA NIEBLA

— POR —

JOSE FRANCES

Contiene este libro
novelas de máximo
interés artístico, re-
putadas por la críti-
ca como las mejores
- del gran escritor -

5 PESETAS



“ EL FINANCIERO ”

por TEODORO DREISER



La vida de un hombre de empresas
por el mejor escritor de EE. UU.

6 pesetas

“EDICIONES HOY”. CIAP

Librería Fernando F^o, Puerta del Sol, 15.—Madrid

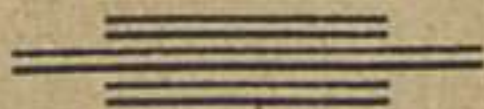
COSMOPOLIS



Lea esta espléndida revista
mensual : : : :

Modas, deportes, cines, tea-
tros, literatura] : : :

La vida mundial en todas sus
interesantes manifestaciones.



1'50

en los buenos Kioscos

y en la Librería Fernando Fé,
Puerta del Sol, 15, Madrid.





Feminismo Feminidad

por **MARTINEZ SIERRA**

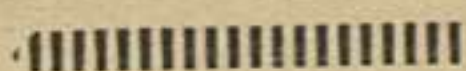
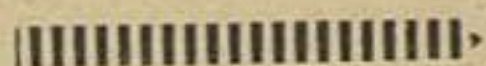
He aquí el libro que deben
leer todas las mujeres
españolas.

5 pesetas.

C. I. A. P.

Librería Fernando Fé, Puerta del Sol, 15.

RUN



RUN

por **ARTURO MORI**

Todos los temas de actualidad, así
nacionales como extranjeros,
están tratados en este li-
bro en una forma nue-
va y original.

5 pesetas.

C. I. A. P.



La ley del pecado

por Ramón María Tenreiro

Una novela originalísima, cuyo asunto se
desarrolla en el corazón de Galicia

C. I. A. P. 5 ptas.



El negro que tenía el alma blanca

por Alberto Insúa

Novísima edición de esta novela universal
ya traducida a ocho idiomas

C. I. A. P. 5 ptas.

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15

